

viéron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

---



---

### CAPÍTULO XVI.

*De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.*

El ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, que mal traía. Sancho le respondió, que no era nada, sino que habia dado una caída de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta

asimesmo una moza Asturiana, ancha de cara, llena de cogote (1), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas. No tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifestos indicios, que habia servido de pagar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ven-

---

(1) Descogotada, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritórnes segun dice Covarrubias (*Tesoro*) y el autor de la *Picara Justina* (tom. I, lib. II, p. 308.) Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servia tambien en una venta, dixo:

*Corita en cogote,  
Y Callega en ancas,  
Gran muger de pullas etc.*

(Parnaso: Musa Talia: romance *XCVI*.)

taja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon, que en lo sutil parecia colcha, lleno de Lodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastáron de arriba abaxo alumbrádoles Maritórnes (1): que así se llamaba la Asturiana. Y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caida. No fuéron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dixo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien

(1) No es facil averiguar si Cervantes inventó este nombre, ó le adoptó de la palabra francesa *Molitorne*, que en el frances antiguo significa *mala muger*: *mulier improba*. (Lacombe: *Diction. du vieux françois*.)

las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá (m) ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar, que caia de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído. Allí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la Asturiana Maritórnes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo, que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza. Pues sabed, her-

mana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras (1) se ve apaleado, y Emperador. Hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de Reynos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor Don Quixote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis

(1) *En dos palabras.* Sin duda que esto se debe considerar como yerro de imprenta, que se ha cometido en todas las ediciones; siendo muy de presumir que en el original de Cervantes se leyese, *en dos paletas*; mayormente quando en varios pasages de su obra se sirve de la misma frase, para expresar el mismo sentido ó significacion. En el cap. V, de la Parte II, dice Sancho á Teresa su muger: *pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestras, etc.* En el cap. LI, dice el mismo Sancho: *á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo.* Y en el LX, decía Don Quixote á Roque Guinard: *donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondran en el cielo.*

esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy. Solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habédes fecho para agradecéroslo miéntras la vida me durare, y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritónes, oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego: aunque bien alcanzaron, que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguaje mirábanle, y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban,

y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexáron, y la Asturiana Maritórnes curó á Sancho, que no ménos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta: porque decia ella, que desgracias y malos sucesos la habian traído á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado (1) establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que ántes mostraba ser de anejo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del

(1) Destechado y descubierto, desde el qual se veian las estrellas.

arriero,

arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo (1): fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historia-

(1) Los moriscos antes de su expulsion, que es quando escribia Cervantes, se empleaban en la agricultura y en los oficios mecánicos; pero con mas gusto en el exercicio arrieril, porque faltando de los pueblos, no eran notados de sí oían misa, ó frequentaban las iglesias, disimulando así su mahometismo oculto; y á esta ocupacion hipócrita y traginera (que por otra parte les proporcionaba ocasiones de robar y quitar la vida á los cristianos, que hallaban solos por los caminos) aludio acaso nuestro autor, diciendo que un moro verdadero, como era Cide Hamete, tenia algun parentesco con otro que solo tenia el barniz de cristiano. La abundancia de arrieros moriscos se infiere de un autor nuestro económico que escribia por los años de 1616. *Con la expulsion de los moriscos, dice, faltan quatro ó cinco mil arrieros en España, que con grande comodidad porteban las cosas, que desde entonces se comenzaron á encarecer al par de la falta de tragin, pues por los años de 1608, y 1609, no nos llevaban mas de á 4, ó 5 reales por traer de Sevilla á Madrid una arroba de peso, y hoy los arrieros cosarios no la quieren traer menos de á 14, ó 15; y si es invierno, á 18, y á este tono lo demas. En el Tiemblo, que está 14 leguas de Madrid, lugar de 140 vecinos, donde habia 18*

dor muy curioso, y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan á los labios, dexándose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas*; y con que puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enxalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre.

---

*arrieros, no ha quedado hoy ninguno, y en Zalamea á 48 leguas de Madrid, que es de 1000 vecinos, habia 25 arrieros en dicho año, y hoy no hay mas de uno. (Discursos politicos sobre la provision de la Corte. m. ss. Biblioteca Real.)*

Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud y los pensamientos, que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo, (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra con su dama Quintañoña (1) se le pusie-

---

(1) *Dama Quintañoña*. Esta es una errata de imprenta  
15.

sen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega (1) de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero. Pero apénas llegó á la puerta, quando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la Asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado

---

manifiesta: *dueña quintañona* debe decir, no solo por que el mismo Cervantes la llama *dueña* en otros lugares (como se puede ver en los capítulos XIII, y XLIX, de esta Parte I.) sino porque para *dueña* de la Reyna Ginebra, y no para *dama*, la inventó el autor del libro de Lanzarote del Lago.

(1) Cofia, ó red de tela, con que las mugeres recogian los cabellos.

cedal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginacion de la mesma traza y modo, que lo que habia leído en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos: y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, hermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me habédes fecho; pero

ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma (1) por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y zeloso de que la Asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don

(1) Muger mundana. (*Vocabulario de la Germania de Juan Hidalgo.*)

Quixote, y estúvose quedo, hasta ver en que paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se lavantó, y encendiendo un candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorruco y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿ adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas.

En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritórnes, la qual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritórnes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero, qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudió á dalle el socorro necesario. Lo mesmo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedáron ascúras, dábanse tan sin

compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dexaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero (1) de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo (2), el qual oyendo asimesmo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró ascúras en el aposento, diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la Santa Hermandad, y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: favor á la justicia. Pero viendo, que el que tenía asido no se bullia, ni me-

(1) Los ministros de la Santa Hermandad, llamados así, porque salian en quadrilla.

(2) Habíala en Toledo, Talavera, y Ciudad-Real. Componiase de caballeros y gente noble, y era condicion fuesen hacendados, y poseyesen colmenares en los montes de Toledo. Tenia por instituto perseguir á los ladrones y salteadores, llamados *golfinos* antiguamente, que infestaban los montes y caminos, robando ganados y dinero. Gozaba de muchos privilegios, que los confirmó S. Fernando en el año de 1220. Podian no solo prender y sustanciar las causas á los reos, sino sentenciarlos á muerte de saeta, que segun dice Francisco de Medina (*Grandezas de España*: p. 196.) se executaba en Peralbillo, ó Peralbillo, en el término de Miguelturra cerca de Ciudad-

neaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudiéron mover de donde estaban. Soltó en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los deliüentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara, quando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el quadrillero otro candil (1).

Real. Carlos V, mandó que les diesen muerte antes de asaetearlos. Entre los individuos de que se componia su cabildo, ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que ademas de los tenientes tenia en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asio la barba de Don Quixote. Sebastian Munster hizo el año de 1559, una puntual descripcion de esta Hermandad ó tribunal en su *Cosmografia*: f. 60.

(1) Este suceso de la desvergonzada Maritórnes es uno de

## CAPÍTULO XVII.

*Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasáron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.*

**H**ABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Que tengo de dormir pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que

aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Garces (*Particulas de la Lengua Castellana*: prologo del tom. II, p. 51.) Acaso no lo omitió Cervantes por imitar en todo los libros de caballerías, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25, se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.